

jurídico. Y en el punto culminante de la consideración, el individuo, como sujeto de experiencia y como sujeto de valor. Así la ciencia jurídica puede hablar de valores jurídicos, pero no se la puede obligar a afrontar una serie de problemas e interrogantes unidos al problema mismo del valor pero de calidad netamente especulativa.

Termina el estudio con la exposición del problema científico planteado por la historiografía jurídica. Juzga que R. Orestano ha traído una solución aceptable, mediante la adscripción del conocimiento histórico del derecho a una modalidad del conocimiento empírico. Viene a convertirse en una calidad de experiencia jurídica. Si bien hay aspectos que ponen en evidencia la individualidad inaccesible de las situaciones históricas, hay otros que pueden desligarse del ambiente, pueden ser considerados como factores condicionantes pero separables del hecho, en bruto, constituyéndose en problemas idénticos cuya respuesta puede ser proporcionada científicamente. Y el estudio histórico tiene también otro nivel hasta superior al científico: pues si puede ahondarse en el aspecto constitutivo del derecho como experiencia jurídica, resultará tener también un perfil filosófico.

Una observación final. No es preciso hacer una explícita valoración del trabajo del profesor Giuliani, pues su importancia resalta por la mera indicación de su intento y de su logro. Pero sí es lícito añadir que refleja el alto grado de valor ético que puede realizarse en una tarea que no pretende ser más que especulativa. Me refiero a la valoración positiva que, en cada línea de su libro, realiza Giuliani de la ciencia italiana contemporánea. Resalta esta conducta en un país como el nuestro, donde los autores silencian sistemáticamente los esfuerzos de sus colegas, esterilizándose así todos los esfuerzos individuales. Será preciso imitar también en esto la actitud de nuestros vecinos, por la doble vía de hablar de nuestros contemporáneos, sin desvalorizarlos sistemáticamente con la mera atención hacia valores científicos pasados, en cuanto dicha atención significa preterición de los presentes, y de utilizar sus investigaciones, donde pueden hallarse las mejores síntesis que se han hecho acerca del pensamiento jurídico europeo.

ANGEL SÁNCHEZ DE LA TORRE

GONZÁLEZ ALVAREZ, Angel: *Manual de Historia de la Filosofía*. 2 tomos. Madrid, Gredos, 1957.

Dentro de la «Biblioteca hispánica de Filosofía», dirigida por el propio González Álvarez, aparece esta obra cuyos dos volúmenes alcanzan las novecientas páginas. No es frecuente ver entre las novedades literarias una Historia de la Filosofía firmada por autor español; porque la exposición histórica de los sistemas filosóficos, aunque no brinde el terreno más apropiado para las opiniones personales, es tarea que no puede acometer sino quien tiene muchos y bien decan-



tados conocimientos; no es labor que se improvise, ni tampoco nace nunca de una intuición genial y definitiva. Por esa escasez de libros de este tipo entre nosotros se hace más apreciable el que ha publicado el Catedrático de Metafísica de Madrid.

Responde, en su estructura, a la forma que ya se ha hecho tradicional desde Zeller, salvo la excepción de la obra de Windelband, de sujeción a un orden cronológico, aunque no llevado a sus últimas consecuencias, sino que, atinadamente, se tratan unitariamente cada escuela o tendencia aunque, como en el caso del estoicismo, su desarrollo histórico se extienda a varios siglos. Y, al modo como suelen hacerlo los autores alemanes, comienza la Historia de la Filosofía, en Grecia, sin detenerse en otras corrientes ajenas al ámbito cultural de Occidente.

Con un criterio geográfico, distingue en la Edad antigua, además de la patrística, dos grandes divisiones: la filosofía helénica, que se desarrolla toda ella en territorio griego y que termina con el Liceo ateniense, y la helenístico romana, difundida por los territorios del Mediterráneo oriental. En la filosofía helénica no se hace tradicional apartado de pensadores presocráticos, aunque sin negar la unidad del grupo.

La filosofía de la Edad Media está desarrollada en cuatro apartados muy expresivos, en los que se fija acertadamente la evolución del pensamiento medieval: épocas de transición, de formación, de apogeo y de decadencia.

Comienza el estudio de la Edad Moderna con un capítulo dedicado al pensamiento renacentista, y sigue otro en que se incluyen tres filosofías: el racionalismo, el empirismo y la ilustración. El capítulo III corresponde al idealismo, ocupándose con detenimiento, en un artículo, de Kant exclusivamente, y en otro, de los demás idealistas alemanes. A continuación, un capítulo dedicado al positivismo y otro a la filosofía cristiana durante la Edad Moderna, que culmina en el movimiento de restauración escolástica de finales del siglo XIX.

En fin, la cuarta parte se ocupa de la filosofía contemporánea, estructurada en seis direcciones: la empirista, la idealista, la vitalista, la esencialista, la existencialista y la realista.

Todos los capítulos se inician con un preámbulo en que se trazan las líneas generales del período, escuela o dirección filosófica que se van a tratar, dando sus caracteres generales, su encuadramiento histórico, su división, etc. Detalle por demás útil —que prueba, como otros de la obra, el exquisito esmero con que ha sido escrita— con el que se ofrece al lector una visión de conjunto que le ayudará a la mejor intelección de lo que a continuación lea, sirviendo en ocasiones para hacer notar la unidad de doctrina de una escuela, pese a las naturales diferencias de los pensadores en ella encuadrados. En cada capítulo se inserta también una escogida y actualizada bibliografía.

Se ha preocupado González Alvarez, celosamente, de insistir sobre los pensadores españoles de las diferentes épocas, a los que suele



dedicar apartados especiales, en contraste con el casi unánime silencio a que los historiadores de la filosofía extranjeros nos tienen acostumbrados.

Dos completos índices, onomástico y de materias, colaboran a hacer de fácil y útil consulta este «Manual». De obras como la presente no estaba sobrada, ni mucho menos, nuestra juventud estudiosa.

A. F.-GALIANO

GRANGER, G. G.: *La mathématique sociale du Marquis de Condorcet*. Bibliothèque de Philosophie Contemporaine, de F. Alcan, P. U. F., 1956, VIII, 178 págs.

Lo mejor de Condorcet fué quizás la pasión y autenticidad con que vivió su época. Esto se manifiesta ya en su existencia y en el conjunto de sus amistades. Amigo y discípulo de Voltaire, de Turgot, de Helvetius; en contacto con los grandes americanos del momento: Benjamín Franklin, Tomás Paine, por ejemplo; participó activamente en los que constituyeron lugares de reunión y como «fraternidades» de la burguesía francesa: en los salones de París. A ello no queda limitada su actividad: miembro de la Asamblea Legislativa; durante un tiempo, su presidente; participante y miembro activo de la Academia de Ciencias y de la Francesa, etc. Su actividad científica fué igualmente muy amplia: originariamente un matemático, Condorcet se interesa cada vez más en las ciencias morales y políticas. De 1774 son las *Lettres d'un théologien à l'auteur du dictionnaire des trois siècles*, en que defiende con ardor la tolerancia. Su interés por las cuestiones políticas se manifiesta en su *Eloge de Michel del "Hôpital"*, 1777. En el período de tiempo que desempeña la inspección de la moneda, defiende la política de Turgot: en 1788 estudia las colonias del norte y sur de América. Todo ello, según es notorio, remata en su última obra, redactada apresuradamente antes de su muerte: el *Esquisse*.

Lo que no es tan notorio es que este interés dual y esta compleja personalidad se manifiesta en el intento de fundación de una nueva ciencia: la matemática social. La matemática social llevaba consigo varios problemas: entre ellos el de la fundamentación científica de tal conocimiento. El problema aparece una y otra vez en la evolución intelectual de Condorcet. Dar cuenta de la cuestión y de sus pasos sucesivos, ocupa hoy a Gilles Gaston Granger en el libro que comentamos. Su tesis cardinal es que «no hay solución de continuidad en el itinerario intelectual de Condorcet. La ruptura que se creyó constatar no es más que aparente, superficial e imaginaria». La actividad científica pura continua, y la matemática social desarrolla problemas de ciencia rigurosa. Condorcet reconoce dos especies de verdades probables y que conciernen a hecho. Unas, las verdades físicas. Otras, las que